

El estilo nos hace
la personalidad
de la voz
RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Al rededor del estilo

XVIII

XVIII

EN aquellos apuntes que saqué de Fuerteventura, y que he renunciado a desenvolver, decía que las obras de un escritor que carecen de estilo—de personalidad—, que parecen de otro o de cualquiera, no son de nadie, no son obras. Y añadía: «Es uno otro que sí mismo?»

Uno se encuentra a través de los demás; los más originales escritores empezaron imitando. «El poeta nace y no se hace», suele decirse; pero aparte de que el nacer es un hacerse, aunque otra cosa parezca, el poeta suele tardar en encontrarse a sí mismo. El estilo se va haciendo, y es porque el artista está buscando a sí mismo. ¿Se encuentra? Aquí está su tragedia. Y cuando se encuentra es que ha encontrado su obra; es que su obra le ha hecho a él.

En las últimas semanas de mi confinamiento en Fuerteventura, mi querido Crawford Fitch—fraternal amigo y traductor al inglés de la mejor parte de mi obra, traducción en que ha puesto su estilo—me procuró un cierto libro inglés de C. E. Montagne, en el que leí y anoté este pasaje:

«En las Escrituras, transmitidas oralmente, de algunos de los negros australianos, el Creador, Pundjel, quedaba Van complacido cuando hubo formado al primer hombre con barro y corteza, que bailó de alegría en derredor de aquella admirable pieza salida de sus manos. Hasta el más compuesto Jehovah de nuestro propio Libro del Génesis pasó de encontrar sus primeros productos «buenos» a encontrar la obra toda de su semana «muy buena», creciendo la exaltada complacencia del artista según producía, a paso igual con la actividad de su invención. Y así ha procedido el hombre, desde entonces, con la obra que de tal modo creaba.»

Y partiendo de esta cita, que me permito insertar aquí, por provenir de una de mis lecturas ocasionales, más bien azarosas, del destierro atlántico, partiendo de ella escribí en mis apuntes: «Y este goce viene de que uno se ha encontrado con su creador, con su padre. Porque a Cervantes le hicieran Don Quijote y Sancho y etcétera. El estilo nos hace; no hacemos el estilo.»

Entonces, cuando apunté la cita de Montagne—el 4 de mayo, lo tengo señalado—, no reparé en la significativa paradoja de unas «Escrituras transmitidas oralmente» — *the orally transmitted scriptures*—; mas ahora, al reproducirla, me doy cuenta de cómo pueblos que no conocen la escritura pueden tener escritas en el alma popular colectiva, con el estilete de la tradición oral, sus leyendas creadoras.

Y siguiendo lo de que nuestra obra nos haga, lo de que el estilo haga al artista, al escritor, ve-

remos que por él, por el estilo, nos descubrimos. Si uno que me conoce corporalmente, que me ha visto y oído hablar—porque se ve, y no sólo se oye, hablar—, al leer algo mío no lo oye con mi voz caliente, es que aquéllo no tiene estilo; es que no es mío. Pero ¿es esto verdad? ¿No será, acaso, de un otro yo? Si yo mismo me oigo, ¿me reconozco siempre?

Nunca me he oído en fonógrafo, fotografía de mi voz, ni quisiera oírme en él; no quisiera oírse cadáver galvanizado de mi voz. Esa horrible caricatura de voz humana me horripila; el estilete fonográfico mata el estilo. Pero si fuese posible que me oyera a mí mismo desde fuera, ¿no me sonaría alguna vez a otro? ¿Al otro? El susurro divino de que hablan las Escrituras, la voz de Dios, nos sale de dentro, de lo más dentro, del adentro de nuestro más dentro. Es como oír en el silencio de

la noche recogida lo que nos dice el latido de nuestro propio corazón. O ¿no procede, acaso, de nuestro yo de más dentro de dentro, de nuestro tras-yo, del yo eterno, de lo que Kant amaría nuestro *numen*? ¿Del que dormira con voluntad de dormir eternamente?

(Esto de la voluntad de dormir eternamente me lo sugirió un pasaje de Galdós en «Torquemada y San Pedro», que leí, tomando el sol desnudo entonces como yo.)

Se dice que acercándose una concha vacía a la oreja se oye el rumor de la mar, en que nació y se crió el animal que hizo la concha. Los poetas han hecho bellísimas metáforas con esta leyenda; una de las más bellas, Carducci, en su canto a Ferrara. Los hombres de ciencia nos dicen que lo que oímos en la concha, como en un resonador, es la circulación de la sangre por el pabellón de la oreja. ¿Canta la mar o canta la sangre? ¡Igual! ¡La mar es la sangre de nuestra Tierra; nuestra sangre es nuestra mar.

Hay acaso dentro de cada uno de nosotros, tan dentro que lo llevamos perdido, que no logramos encontrarlo—encontrármelo—, un estilo divino. El dedo de Dios es el sumo estilo creador, el más íntimo estilo creador. Me ha creado único; te ha creado, lector, único; nos ha creado únicos a cada uno de nosotros y se me ha dicho una vez quedó dicho para siempre. Me ha impreso sobre el alma de mi patria; soy una palabra, una frase, tal vez una estrofa del poema eterno, inmortal, que es su obra divina. Y hasta que uno no ha muerto, no ha vivido. De la persona verdaderamente inmortal, de la que ha de ser palabra, frase, estrofa del poema de Dios, de la historia humana, no digáis nunca: «¡Murió!» cuando haya muerto, sino decid: «¡Vivió!» cuando se muera. Y el que vivió, vive y vivirá.

Miguel DE UNAMUNO